

Despues fueron aumentando su territorio sobre las aguas de la laguna, con la industria que dicen haber inventado los plebeyos cuando se fundó la ciudad de Méjico. Esta fué sacar del fondo de la laguna, como lo hacen hasta hoy, una especie de raices muy ligeras y enmarañadas que llaman céspedes, las que sacudidas de la tierra, tienden sobre las aguas, afianzadas unas con otras, hasta formar un camellon de cincuenta ó sesenta, y hasta de cien varas de largo, y dos, tres y hasta cinco de ancho, que á causa de su ligereza nada sobre el agua. Echanle encima media vara de tierra, ó poco mas, que sacan del mismo fondo de la laguna y en ellas hacian sus sementeras y plantíos de verduras y flores, como lo hacen todavía, dándoles el nombre de chinampas; y entónces sobre ellas mismas formaban sus casas, con la gran conveniencia de mudar de sitios, siempre que querian, porque aquel campo flotante con la industria de los remos, se movia como una barca, y lo colocaban en el sitio que les era mas conveniente. Entretanto el resto de su nacion y la muchedumbre del vulgo, engañados por los tlamacasquis, andaban como locos buscando por todas partes el tunal con el águila, inventando cada dia los tales sacerdotes nuevos embustes con que entretener el tiempo y mantener en sus manos el gobierno.

CAPITULO XVI.

Mueven guerra á Quinantzin los señores de Mexitlan, Tototepec y Tolantzinco, ligados con los traidores Yacanex, Ocotox é Icuex. Sádeles al encuentro Quinantzin, y los derrota completamente. Muere el infante Nopaltzin. Quinantzin se hace jurar y reconocer nuevamente por emperador, y perdona á los culpados que hizo prisioneros.

Ya dije que muchos de los régulos habian llevado á mal la exaltacion de Aculhua al trono imperial; pero seducidos de su mal ejemplo, formaron el dictámen de no reconocerle, ni pagar feudo á él ni á Quinantzin sino hacerse absolutos en sus dominios. Así lo ejecutaron pocos años despues de su exaltacion los de Mexitlan, Tototepec, Tolantzinco, y otros señores particulares, sin que se atreviese Aculhua ni á requerirles ni á sujetarlos.

En este año, pues, de 1325, se habian coligado los tres dichos régulos, á diligencias y negociaciones de los rebeldes Yacanex, Ocotox é Icuex, que conservando su encono contra Quinantzin, sin embargo de verle despojado del imperio, intentaban todavía quitarle el reino de Tescoco, y si pudiesen la vida; y habiendo levantado un formidable ejército, emprendieron el designio de venir sobre Tescoco y su comarca.

Quinantzin en todo este tiempo retirado en su corte, al mismo paso que procuraba aumentarla, ennoblecirla y hermosearla, habia ido juntando una cuan-

tiosa provision de armas, y disimulando el haber levantado un gran número de tropa, que con el pretexto de guardar sus fronteras tenia repartido en todas sus poblaciones, cuidando mucho de su ejercicio y disciplina. Lo mismo habian hecho por su orden sus amigos y parciales, los reyes de Xaltocan y Cohuatlican, y el infante Tochintzin, que ya era señor de Huexotla, por muerte de Tochtintecuhtli con cuya hija habia casado.

No tuvo aviso Quinantzin del designio de sus enemigos, ni de su marcha. Ya estaban muy cerca de sus dominios, y venian creyendo hallarlo desprevenido; mas juntando prontamente sus tropas y las de sus aliados, se puso en campaña con un lucido ejército que él personalmente mandaba en gefe, y á sus órdenes los dichos reyes de Xaltocan y Cohuatlican, y sus dos hermanos Nopaltzin y Tochintzin. Marchó en demanda de sus enemigos, dividido su ejército en cuatro trozos, porque supo que en la misma orden venian ellos á embestirle dentro de su corte por cuatro lados diversos, en esta manera.

Por la parte de Quauhximalco, que es á lo último de la sierra de Tlaloc, venia un trozo mandado por los señores de Meztitlan y Tototepec, compuesto de las naciones tepehuas y mezcas. Otro por Zoltepec mandado por Icuex, aquel caballero rebelado, á quien habia puesto Quinantzin por gobernador de sus cercados. Otro por Chiuhnauhtla mandado por Yacanex; y el otro por Patlachiuhcan, de la gente de Tolantzinco, mandada por su señor, y por Ocotox.

Sabiendo, pues, Quinantzin que por la parte de Quauhximalco venian los dichos señores y el trozo mas considerable de su ejército, marchó él con uno del su-

yo á encontrarlos por este lado. Al infante Nopaltzin le dió el mando de otro trozo, con la orden de que marchase contra los que venian de Zoltepec. Al infante Tochintzin mandó que con otro trozo fuese á encontrar á los que venian por Chiuhnauhtla; y á los dos reyes que mandaban el otro trozo, compuesto de sus tropas auxiliares, mandó que saliesen al encuentro á los que venian por Patlachiuhcan.

Marcharon todos á un tiempo á sus destinos, y en las cercanías de Quauhximalco encontró Quinantzin y su tropa á la del enemigo, y dando sobre ellos con ímpetu furioso hizo horrible estrago, sin embargo de que ellos se defendian vigorosamente, y retirándose en buen orden procuraban fortificarse en los puestos ventajosos: pero repitiendo Quinantzin los avances, y trabándose todos los dias sangrientas escaramusas, logró en breve tiempo vencerlos y derrotarlos enteramente, haciendo en ellos mucha matanza, y cogiendo prisioneros á los generales que mandaban aquella tropa, que como he dicho eran los señores de Meztitlan y Tototepec, y á otros de los principales gefes; y fingiendo seguir el alcance á los que huian, llegó hasta Tepepolco, con el fin de castigar al señor de este lugar que era su vasallo llamado Zacatitecheochi, que habia dado paso franco á sus enemigos: mas él sabiendo que iba el rey, y conociendo su culpa, huyó de tal manera, que ni entonces ni despues, sin embargo de las diligencias que hizo, pudo haberle á las manos ni saber de su paradero; y así se contentó con llevar presos á otros caballeros del mismo lugar, indiciados en la traicion.

Mientras Quinantzin peleaba animosamente por este lado, cumplian bizarramente con su obligacion los

otros generales con la tropa de su cargo por las demas partes por donde habían sido destinados, logrando todos derrotar á los enemigos, haciendo en ellos sangriento estrago, y quedando muertos en los reencuentros los traidores Yacanex, Ocotox, é Icuex, de suerte que hubiera sido completo el gozo de la victoria, si la muerte de este último no hubiera costado una desgracia, que mezcló de amarguras el triunfo; porque habiéndole encontrado el infante Nopaltzin con su tropa por el lado de Zoltepec, le embistió valiente; y aunque encontró vigorosa defensa, continuó los ataques y escaramusas por varios dias, hasta que en el último, debilitados ya los enemigos con la mucha falta de gente que habían perdido, los derrotó enteramente, quedando la mayor parte de ellos muertos, y huyendo los pocos que habían quedado con su general Icuex: mas no sufriendo el infante que se le fuese de las manos aquel traidor, se empeñó con tanto ardor en seguirle, que dándole alcance, riñó bizarramente con él cuerpo á cuerpo, hasta que le derribó difunto á sus pies; volvió entónces sobre sí, y hallándose solo y retirado de su tropa, volvía á juntarse con ella, á tiempo que batidos los enemigos por la tropa que mandaban los reyes de Xaltocan y Cohuatlican por la parte de Patlachihcan, muertos ya sus generales Ocotox y el señor de Tolantzinco, venian á juntarse con la tropa de Icuex, y hallando solo al infante Nopaltzin, dieron todos sobre él; y no pudiendo defenderse contra tan crecido número de enemigos, aunque peleó bizarramente, perdió por fin la vida en el ataque, bien que todos los agresores pagaron con la suya el delito; porque con lo que se demoraron en la accion, tuvieron tiempo de alcan-

zarlos los dichos reyes con su trepa llegando justamente á tiempo que acababa de éxpirar el infante, y dando sobre ellos con indecible furia, hicieron tal carnicería, que no dejaron ninguno vivo.

Cargaron el cuerpo del infante, y tomaron el camino para Tezcoco, á donde habia llegado ya el rey con su tropa y prisioneros, y el infante Tochintzin, que llegó casi al mismo tiempo con su tropa victoriosa, habiendo derrotado por Chiuhnauhtla la que mandaba Yacanex, que quedó muerto en el campo. Dieron cuenta al rey del desgraciado suceso del infante, al mismo tiempo que el del feliz de sus armas, y hubiera sido el dia de un completo júbilo, si no lo hubiera embarazado esta desgracia. Sintióla vivamente el rey, que á mas de que lo que amaba tiernamente, conocia las relevantes prendas que le adornaban, y que la gran pérdida que habían tenido en su persona balanceaba la ganancia de su victoria. Mandó que se le diese sepultura con los honores debidos á su real sangre y sobresaliente mérito; lo que se ejecutó con la mayor pompa y solemnidad.

Bien merecido tenían los prisioneros el que se ejecutase en ellos un ejemplar castigo; pero la incomparable clemencia de Quinantzin, que siguiendo el impulso de su piadosa inclinacion, creía ser mas plausible en un monarca el perdonar benigno, que el castigar justiciero, á todos perdonó las vidas, y pasando á mas su liberalidad, les restituyó á la posesion de sus señoríos y dominios, haciéndoles nuevamente merced de ellos, excepto á los de Tepepulco, Chocayan, y otros pequeños señores de aquel lado á quienes quitó el señorío de los pueblos que tenían, incorporándolos en

la corona; pero les hizo gobernadores de ellos. En Tolantzinco mandó que entrase en posesion del señorio el hijo primogénito del señor de allí que murió en la batalla, y para asegurarse de la lealtad de todos ellos en lo futuro, mandó que reconociéndole nuevamente por supremo emperador y gran chichimecatl tecuhtli de toda la tierra, le prestasen de nuevo homenaje y protesta de obediencia y fidelidad, y á mas de esto mandó venir á la corte á todos los herederos y primogénitos de todos los señores, con orden de mantenerse siempre empleados en aquellos cargos y empleos que les daria para tenerlos entretenidos; y él, con esta especie de rehenes, aseguraba la lealtad de sus padres. Manifestó al mismo tiempo su gratitud, no solo con palabras, sino con dádivas á los reyes de Xaltocan y Cohuatlican, y al infante señor de Huexotla su hermano, por el socorro que le habian dado y la bizarría con que pelearon; con lo que cada uno se retiró á su corte victorioso, contento y satisfecho.

El rey de Culhuacan envió luego sus mensajeros á dar la enhorabuena de su victoria. Lo mismo hicieron el nuevo rey de Tlatelolco, sin embargo de ser hijo de Aculhua, á instancia de sus vasallos, que le habian quedado muy afectos, y los señores de Chalco y Cohuatepec. A todos los recibió con mucha afabilidad y benevolencia, y correspondió á sus mensajes con expresiones de gratitud; pero añadió que no podia menos que extrañar y quejarse de que habiéndolo visto en el conflicto en que se halló, no se hubiesen movido á ayudarle en algo. Disculpáronse los de Culhuacan con las inquietudes que les causaban incesantemente sus vecinos los xochimilcas, por cuyo motivo no habia po-

dido el rey su amo auxiliarle con tropa. Los de Tlatelolco se disculparon con lo reciente de su establecimiento y su corto número, que aun no era suficiente para lo que dentro de su casa necesitaban. Los de Cohuatepec y Chalco dijeron, que al mismo tiempo que supieron la invasion de los mezcas y tepehuas, tuvieron la noticia de que se habian movido los tlalhuicas, con intento de invadir el reino por aquellas partes en que ellos estaban poblados, y así levantaron gente para fortificar y defender sus fronteras: lo que sabido por los tlalhuicas, se habian sosegado, y ellos habian hecho á su magestad este servicio de guardarle sus dominios por aquella parte, impidiendo esta invasion. Admitióles benignamente las disculpas, y repitiéndoles muchas afables expresiones para sus reyes, los despidió contentos de su presencia. Este fué el fin de esta guerra, que segun dicen los escritores duró cuarenta dias, y fué el principio de la exaltacion de Quinantzin como vamos á ver.

CAPITULO XVII.

Restituye Aculhua la corona á Quinantzin, y nuevamente le juran en Tezcoco con fiestas y regocijos. Rebelion de los Chololecas, y su castigo.

Mucho cuidado le dió á Aculhua la victoria de Quinantzin, y las consecuencias que de ella habian resultado de haberse hecho reconocer de todos los vencidos por legítimo sucesor del imperio, con lo que se aumentaba considerablemente su poder y fuerzas; y viendo al

mismo tiempo que otros muchos señores de los que tenía él por sus parciales, y aun su mismo hijo Mizcohuatl, rey de los tlatelolcas, habían enviado sus mensajeros á darle la enhorabuena de su victoria, y á congratularse con él del próspero suceso de sus armas, temiendo que hallándose ya en estado de recuperar al corona que le tenía usurpada, viniese sobre sí todo el nublado, y le despojase no solo de la corona imperial, sino tambien de su reino de Azcapuzalco, y no teniendo él fuerzas suficientes con que poder resistir á tan gran poder, tomó el partido de ceder voluntariamente la primera, para no quedarse sin entrambas.

Resuelto, pues, á ejecutarlo así, convocó á su corte de Azcapuzalco á todos los señores que habían quedado á su devocion, y teniéndolos juntos les dijo: *Que aunque se habia hecho reconocer emperador con justo derecho, así por ser nieto del gran Xolotl, como por haber recobrado la gran corona del traidor Tenanacaltzin que la tenia usurpada, y á quien parece que la habia ya abandonado el legitimo sucesor Quinantzin, que retirado en su corte de Tezcoco, no se habia opuesto á la invasion de su tio; nunca habia sido su intento despojar del trono al legitimo heredero; y así viendo ahora que este habia sujetado á tantos reyes y señores de los que se habian rebelado contra el imperio, queriéndose hacer despóticos en sus dominios, y se hallaba con sobrado poder para defender su corona, no le parecia ya justo el mantenerse en la posesion de ella, sino restituirla á su legitimo dueño, puesto que nunca fué su ánimo usurparla, sino quitarla de las sienes de un traidor.*

Todos los asistentes estaban poseidos de igual te-

mor que Aculhua, y así convinieron prontísimos en su determinacion, para guardar cada uno su persona y sus estados. Solo el príncipe Tetzotzomoc, primogénito de Aculhua, á quien pocos años ántes habia hecho merced su padre de la ciudad de Tenayocan, antigua corte del imperio, llevó á mal la determinacion de su padre; porque en la ejecucion perdía él la ciudad, que debia entregarse á Quinantzin como la mas principal de las poblaciones que se le restituian; pero calló por entónces, guardando en su interior su disgusto, para manifestarlo á su tiempo como se verá.

Propúsoles Aculhua que su ánimo era pasar personalmente á Tescoco á hacer su entrega y cesion, y que le acompañasen. Ofreciéronse desde luego á ello; mas no se atrevió Aculhua á ponerse en marcha sin saber primero como seria recibido, y si podia correr algun riesgo su persona; y así envió ántes una solemne embajada á Quinantzin, con algunos de los principales caballeros de su corte, que con las mas atentas, y reverentes expresiones le diesen cuenta en su nombre de todo su designio, y la determinacion en que estaba de pasar personalmente á su corte á hacerle entrega de la corona imperial, acompañado de los príncipes y señores que se habian mantenido fieles al imperio, y renovar el homenaje y promesa de fidelidad que habian hecho en su coronacion.

Recibió Quinantzin á los embajadores con su acostumbrada benignidad, y habiendo oido su embajada, respondió á ella con mucha afabilidad diciendo: *Que agradecia la memoria que de él hacia su tio el rey de Azcapuzalco, y la buena voluntad que le mostraba en querer devolverle la corona que habia quitado á fuerza*

de armas de las sienes del usurpador, y la habia tenido como en depósito, interin que él se ponía en estado de poderla guardar y defender, como ya lo estaba; y que así podia venir seguro con todos los señores que le acompañaban, que serian bien recibidos, porque él no acostumbraba valerse de traiciones, ni emplear su enojo y castigo en los rendidos, sino en los rebeldes; y que cualquiera ofensa que le huviesen hecho, no solo la tenían perdonada, sino olvidada, y solo se acordaria de la accion presente para atender en adelante á todos en cuanto pudiese.

Quedó asignado el dia para esta funcion, y los embajadores volvieron muy contentos con la respuesta, que oida por Aculhua, y satisfecho de la sinceridad y buena fe de Quinantzin, se preparó para ejecutar su marcha,

Hizose esta con una pompa y magnificencia extraordinaria, nunca vista hasta entónces, echando todos el resto en el lucimiento y adorno de sus personas, en el número y galas de sus criados, en la orden y disposicion de su marcha, y en la profusion de las mesas. Acompañaban tambien á Aculhua todos los caballeros tecuhtlis, los gobernadores de los pueblos imperiales, los jueces, cobradores de tributos, y los demas ministros de la corona. Quinantzin avisó luego de la determinacion de Aculhua á todos los reyes sus aliados, á los señores de Chalco, Cohuatepec y Tepeyacac, al infante Xiuhtlitzin, señor de Tlacallan, y á otros muchos señores de ménos nota que le habian sido amigos, convocándolos á todos para el dia señalado en su corte de Tezcoco.

Así lo ejecutaron, y todos llegaron á ella ántes

que viniese Aculhua. Llegó este con toda la comitiva, y avisado Quinantzin, le esperó en el salon principal de su palacio, acompañado de todos los señores y de lo mas lucido de su corte, que en galas y adornos no cedian ni eran inferiores á los otros. Todos estaban en pie formados en dos alas, y en el centro Quinantzin, sentado en su trono con grande magestad y señorío. Entró con los suyos en el salon Aculhua, que llevaba puesta en la cabeza la corona imperial: quitóselo luego que llegó cerca de Quinantzin, haciéndole una profunda reverencia, y comenzó su razonamiento, que en sustancia contenia lo mismo que habia enviado á decirle con sus embajadores, añadiendo algunas otras expresiones de aparentes razones que disculpaban su accion de haberse hecho reconocer por emperador; pero conociendo que era Quinantzin el legítimo sucesor del imperio, devolvía á sus sienes la corona, con la misma lealtad y buena fe con que se la habia puesto en su coronacion, á cuyo tiempo le puso en la cabeza la corona, saludándole repetidamente con el dictado de gran chichimecatl tecuhtli, haciéndole profundas reverencias, y reiterando aquel homenaje ó especie de juramento de fidelidad y obediencia que acostumbraban. Lo mismo ejecutaron todos los demas señores que acompañaban á Aculhua, con grande orden, sumision y seriedad.

Correspondió el gran Quinantzin con mucha afabilidad y benevolencia, tanto en la apacibilidad de su semblante, como en la dulzura de sus expresiones, sin defraudar en nada al decoro y circunspeccion de la magestad; y sin hacer memoria de los sucesos pasados, les ofreció á todos su amparo y proteccion, confirmándolos en la propiedad y posesion de sus reinos y seño-

rios. Para todos tenia prevenido alojamiento con la ostentacion y magnificencia correspondiente, tanto á su persona, como á la de los huéspedes, para que gozasen de las fiestas y regocijos que habia mandado prevenir, así en aplauso de su victoria, como en muestra de su gozo y complacencia en la reconciliacion de estos príncipes, y de su nueva jura, y homenaje; las que se ejecutaron en los dias subsecuentes con la mayor solemnidad y pompa y con universal regocijo de todos en el mismo año de 1325.

Poco despues de este suceso hubo otra rebelion en Cholollan, cuyo famoso templo del Dios Ce Acatl (1) habia vuelto á su antigua grandeza y esplendor. Conservábase el mando y gobierno de esta ciudad, y de otras muchas considerables poblaciones de su contorno, en mano de los sacerdotes de dicho templo. En la destruccion de los toltecas ya dije que fué una de las poblaciones mas bien salvadas y que ménos padeció, quedando en ella bastante gentío; y que aunque quedaron despoblados los demas lugares de su jurisdiccion, con la venida de los chichimecas se volvieron á poblar considerablemente, no solo de los de esta nacion, sino tambien de los otros muchos toltecas dispérsos que volvieron á establecerse allí, y se mantuvieron siempre al mando de los sacerdotes, y estos á la obediencia del anciano Xiuhtemoc.

Después que Nauhyotl se hizo coronar por rey, le prestaron tambien obediencia, y continuaron en la de

(1) Así se lee en ambos M. S.; pero cualquiera conocerá que es error de los copiantes, y que debe ser *Quetzalcohuatl*. —E.

sus sucesores los reyes de Culhuacan. En esta ocasion, pues, se amotinaron contra el gobierno algunas de estas poblaciones, especialmente Cuertlaxcohuapan (situada donde hoy está la Puebla de los Angeles) Quauhquecholan y Ayotzinco; y llegó á tanto el motin, que le fué preciso al gran sacerdote llamado Izamantzin venir á pedir socorro á su rey Xiuhtemoc para sujetar á los rebeldes, y reducirlos á la obediencia. Dióle el rey de Culhuacan un buen número de tropas escogidas con que volvió á Cholollan, y juntándose á ellas las de su ciudad y jurisdiccion, compuso un razonable ejército, que dividido en dos trozos, tomando para sí el mando del uno, y dando el del otro á otro sacerdote llamado Nacaxpipilaxochitl, y embistiendo por distintos lados á las poblaciones de los amotinados, hicieron en ellos horrible estrago, quedando muertos muchos en la refriega, y rindiéndose los demas, pidiendo por merced las vidas, y culpando en la accion á los chichimecas; lo que justificado por los sacerdotes, tomaron la providencia de echar de aquellas poblaciones algunas familias chichimecas, las que se retiraron á la provincia de Tlaxcallan, quedando en ellas las de toltecas, y algunas pocas de las chichimecas que se habian enlazado con ellas por los matrimonios, y no resultaron tan culpadas; con lo cual restablecieron la paz y tranquilidad pública en su territorio.